

MARÍA BAUTISTA

# BAJO LA HIGUERA



Macleín *y* Parker

**Primera edición**

noviembre de 2019

**Del texto**

© María Bautista, 2019

**De la portada**

© Antonio Abad (Maclein y Parker), 2019

**De esta edición**

© Maclein y Parker, 2019

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

[www.macleinyparker.com](http://www.macleinyparker.com)

**Edición y corrección**

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Maclein y Parker)

**Diseño de la colección y maquetación**

Antonio Abad (Maclein y Parker)

**Impresión**

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m<sup>2</sup>

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m<sup>2</sup>

ISBN: 978-84-120198-7-2

Depósito Legal: SE-1880-2019

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

*A Noé, que llegó con su calma, sus gatos  
y el puchero siempre a punto*

Es lo que digo yo: las higueras, ¡cuánto duran!;  
las casas, ¡cuánto duran!;  
y solo nosotras, las endemoniadas mujeres,  
nos hacemos polvo por cualquier cosa.

FEDERICO GARCÍA LORCA, *Yerma*  
(acto primero, cuadro segundo)

Si Hilaria hubiera podido hablar después, le habría echado la culpa a la niebla. Habría dicho que fue aquella misma mañana, recién amanecido, cuando, al salir a dar de comer a la mula y ver como la bruma se había tragado las formas familiares del corral, sintió el impulso de desaparecer para siempre. Pero habría mentido. La idea hacía tiempo que la estaba rondando. Había estado tentada de contárselo a Inés más de una vez, pero no se había atrevido. No quería hacerle daño. Ni a los niños. Sobre todo a ellos, que no se enteren, y ni siquiera entró en la alcoba a darles un beso.

No se cruzó con nadie o, si lo hizo, no se dio cuenta, aunque más tarde, más de uno afirmaría haberla oído por el camino del arroyo canturreando una de esas coplillas que inventaban los muchachos durante las fiestas. Caminaba ligera, como en los sueños, y en cierta manera se sentía así, como un espectro de su subconsciente flotando por un lugar mágico donde era difícil diferenciar el cielo del suelo.

Justo en el cruce del Pino, Hilaria dudó un instante. Venga, mujer, solo asomarte, hay una bonita vista desde ahí, y siguió subiendo. Pero cuando llegó hasta el borde,

la niebla había convertido el paisaje en un mar de nubes esponjosas que parecía invitarla a dejarse caer, así que no tuvo miedo.

Cogió impulso y saltó.

I



EL HOGAR

Aquella tarde, antes de pensar que por fin había venido a visitarla la muerte, la abuela Inés, sentada bajo la higuera en su vieja silla de mimbre, sintió frío. El árbol proporcionaba la única sombra del corral y bajo sus ramas la abuela Inés había visto pasar las estaciones, mientras los niños se hacían mayores y traían otros niños que también iban creciendo hasta desaparecer y olvidar aquel pueblo amarillo de la meseta donde habían disfrutado de los primeros veranos y los primeros amores. De aquellas fiestas y aquel alboroto en casa ya no quedaba nada. La vida se había desplazado a otra parte y bajo la higuera solo cabía esperar a que llegara su hora. Pero esta no llegaba y la vieja empezaba a impacientarse. Ni se acordaba ya de los años que habían pasado desde que Tomás dejara de leer a su lado aquellos libros de páginas tan viejas como sus propios cuerpos, tan antiguas como aquellas tardes de estío en aquel lugar perdido de Castilla. ¿Eran ocho, nueve, diez años? Lo mismo daba. Tomás se había marchado, dejando en su lugar un abismo de soledad en el que le



gustaba recrearse una y otra vez, para hartazgo de Isabel, que se pasaba los días tratando de llevarse a la vieja a Salamanca, que anda que no estaría bien en mi casa y yo la cuidaría bien a gusto, para ya de darme la tabarra, que yo no necesito que me cuiden, lo que necesito es morirme de una vez por todas.

Pero no había manera, por más que la mentaba, la parca pasaba de largo y solo conseguía hartar con sus lamentos a los vivos. El último en enfadarse había sido Goyo, apenas un par de semanas antes.

—¿Te enteraste, Goyo? Se murió la Verónica. Anteayer por la tarde.

—No me diga, Tata. No lo sabía. Andaba muy fastidiada ya la pobre, era muy mayor.

—Sí, muy mayor, pero no tanto. Tenía tres años menos que yo. No lo entiendo, ¿habrá que apuntarse en alguna lista?

Goyo andaba entretenido tratando de arreglar la radio, que menudo armatoste, anda que no podríamos traerle una nueva, Tata, que esta es de la época de Matusalén, mira tú, más vieja soy yo y no me tiráis, así que arréglala y deja de darme la murga, total, comprarme otra para qué, si me voy a morir en dos días. Al final, solo por no escucharla, sacaba la caja de herramientas y desarmaba el aparato hasta dar con el problema y arreglarlo. En realidad, disfrutaba descubriendo los entresijos escondidos en aquellos antiguos artilugios que aún mantenía la vieja, entreteniéndose cuando venía a visitarla. Solía hacerlo dos veces al mes y, aunque le gustaba salir a chatear antes de la comida y a echar una partida de mus después, el resto

del tiempo se lo pasaba sentado junto a la Tata alrededor de la mesa camilla. Hablaban cada vez menos, porque la abuela Inés había empezado a perder el interés por todo y ya no preguntaba por las niñas, ya no se interesaba por los bisnetos y, solo de vez en cuando, le gustaba hablar de Tomás y recordarlo en alto, hasta que caía en la cuenta de cuántos años llevaba sin él y le volvía el mal humor. Goyo había aprendido a escuchar a medias y esta vez, como tantas otras, asintió con la cabeza sin prestar atención a la ironía de la vieja.

—Pues debe ser eso. Hay que hacer una solicitud o meterse en un censo, porque si no, ya me dirás. En este año ni sé las que van. En Reyes se murió doña María, la maestra. Se murió la Felisa, la de los Quitines, ¿o esa se murió ya el año pasado? Se murió la Micaela, la Manirrota, que anda que no fuimos amigas cuando jóvenes. Su trasera daba a la puerta de la abuela y jugamos desde chicas. Se habría casado con el tío Antonio si no se hubiera quedado en Madrid después de la guerra. Era un poco *correndera*, la muchacha, pero qué quieres, si su padre era el bodeguero. Se pasaba el día haciendo *recaos* y llevando el vino. Pero luego en verano no se perdía una verbena ni un encierro. ¿No recuerdas tú a la Micaela?

Goyo estaba a punto de terminar con la radio y lo mismo le daba la Micaela que la Verónica. Contestó con un monosílabo que no dejó satisfecha a Inés.

—Que sí te acuerdas, hijo, si estuvimos muchos años viendo el encierro desde su carro, hasta que Tomás se enfadó con el Menorín por el lío con las lindes en el Campo del Toro y nos fuimos con los Visires. ¿Sabes que fue ella la

que me presentó a Tomás, que era medio primo y acababa de llegar del seminario?

Goyo sintonizó la radio. AM apenas funcionaba. FM, con interferencias. Cada vez la señal se recibía peor, como si en vez de avanzar, en aquel pueblo el tiempo se dedicara a dar pasos hacia atrás. Arreglado el aparato, Goyo puso más atención a la verborrea de la Tata.

—No venía del seminario, venía de la cárcel, más flaco y más muerto de hambre que...

—Bueno, hijo, vete tú a saber, que Tomás nunca hablaba de eso y tampoco vamos a hacerlo nosotros ahora. Dejemos a los muertos tranquilos, que bien tranquila me deja a mí la muerte, con las ganas que tengo de morirme de una puñetera vez.

Goyo podía haber dejado pasar otro nuevo comentario y seguir como si nada, pero sintió que su paciencia, casi siempre infinita, estaba a punto de desvanecerse. Quedaban dos días para que empezaran las fiestas y desde que murió Celia, hacía ya casi cinco años, estas fechas siempre lo ponían triste. No es que no la echara de menos cada día, pero su ausencia se volvía más densa y palpable en aquel ambiente de jolgorio que a su mujer tanto le había gustado, con los amigos en la peña o tomando un vino a mediodía en el Recreo. Por eso, los últimos años había evitado pasar por el pueblo durante aquellos días. Iba justo el fin de semana antes, veía a los amigos, pasaba un rato con la Tata, se juntaban los hermanos a tomar unas cañas después de la misa en la ermita y a la mañana siguiente volvía a Madrid con la sensación de que el dolor de perderse las fiestas le restaba angustia a

la tristeza de despertarse solo cada mañana. Suspiró con cansancio.

—Ya está bien, Tata. Todo el día con la misma cantinela. Ya le gustaría a muchos llegar a su edad como usted. Es injusto y doloroso que diga eso, así que no lo diga.

—Pues no lo oigas, majo, pero es la verdad. Si a muchos les gustaría llegar a mi edad que lo hagan, pero a mí que no me den la tabarra, que yo esto de ser inmortal no se lo he pedido a nadie. Si tuviera fuerzas y supiera cómo, me mataría yo misma. Así te lo digo.

—No diga tonterías, hágame el favor. A este paso, va a conseguir que no vuelva. Así se lo digo yo también.

Y en parte había cumplido su palabra, porque aquel fin de semana, pasados ya quince días, no había venido. Que vuelve Clara, había dicho, y sería verdad, porque Goyo no era rencoroso, pero no dejaba de ser mucha casualidad. Frunció el ceño. Clara era tan inoportuna como su madre, pensó la vieja, justo antes de sentir frío, justo antes de creer que por fin había venido a visitarla la muerte.

La abuela Inés, que hacía ganchillo bajo la higuera, detuvo su baile de dedos y con su mano torpe y desfigurada por los años y la artrosis buscó en la vieja bolsa de ganchillo su chaqueta. Pero no hubo suerte. Debo habérmela dejado en el sillón, qué carajo. Y al tratar de levantarse sin éxito, maldijo en alto y escupió sobre la higuera, como solía hacer cuando nadie la miraba. Al tercer intento y apoyándose en el árbol, la abuela Inés consiguió poner en pie sus noventa y tres años plagados de arrugas y se dirigió a casa arrastrando las piernas por el suelo mal cementado del corral. Al pasar junto a la enredadera volvió a pensar

en Tomás, al que le gustaba tanto aquella planta, y sintió de nuevo la rabia de estar viva. Estaba a punto de soltar otra imprecación cuando algo le hizo perder el equilibrio y caer.

Algunos días después, la abuela Inés fue incapaz de explicar si aquel dolor punzante en la cadera había venido antes o después de dejar que sus noventa y tres años plagados de arrugas se desparramaran por el suelo. De lo que sí tuvo conciencia, antes de perderla del todo, es de que aquello debía ser el fin, aquel momento que tanto había deseado. Sin embargo, durante la milésima de segundo que duró aquel pensamiento, la abuela Inés no sintió alivio, sino miedo, un miedo tan atroz que cuando la Agustina la encontró inconsciente a los pies de la enredadera, era tal su expresión de susto que hasta sintió un escalofrío. Como si hubiera visto un fantasma.

## 2

El sueño acababa exactamente como había empezado: en una cola de embarque. Un mismo lugar y dos sensaciones opuestas.

Aquella primera vez aún no tenía miedo a volar. Sentarse junto a la ventanilla y observar cómo el mundo se volvía pequeño y abarcable era todavía algo fascinante y lleno de magia. Desde el cielo el futuro se mostraba tan resplandeciente como los rayos de sol en un amanecer por encima de las nubes y no importaba lo que dejaba atrás, solo llegar. Solo seguir volando.